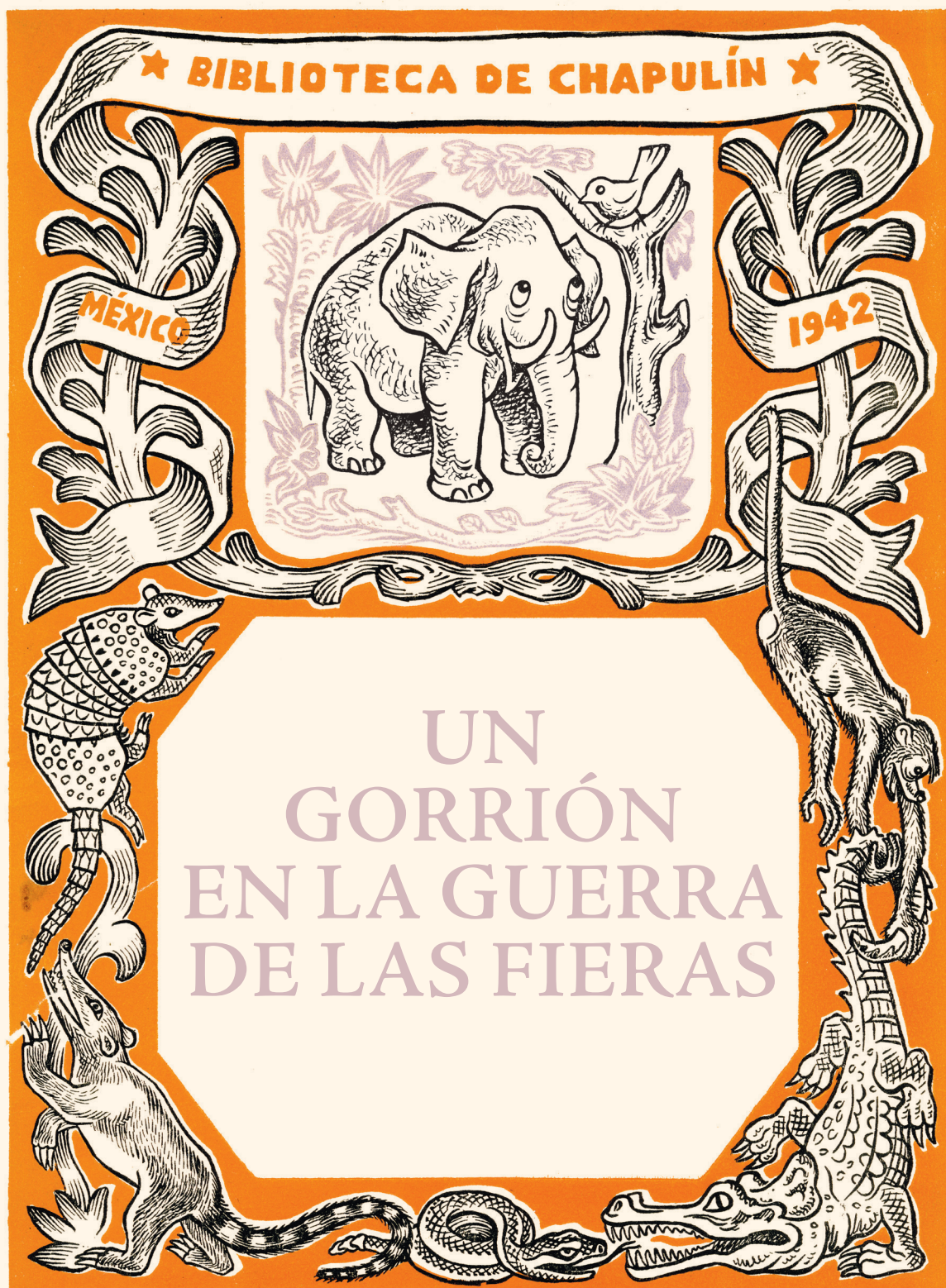


★ ANTONIORROBLES ★

ilustraciones de

GABRIEL FERNÁNDEZ LEDESMA



BIBLIOTECA DE CHAPULÍN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



UN GORRIÓN EN LA GUERRA DE LAS FIERAS

ANTONIORROBLES

ilustrado por
GABRIEL FERNÁNDEZ LEDESMA



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2024

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Robles, Antonio, 1895-1983, autor. | Fernández Ledesma, Gabriel, 1900-1983, ilustrador.

Título: Un gorrión en la guerra de las fieras / Antoniorobles ; ilustrado por Gabriel Fernández Ledesma.

Descripción: Primera edición facsimilar. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2024. | Serie: Biblioteca de Chapulín. | Material infantil. | Reproducción facsimilar de la edición de México, Secretaría de Educación Pública, 1942.

Identificadores: LIBRUNAM 2232080 | ISBN 9786073087964.

Clasificación: LCC PQ7297.R592.G67 1942a | DDC 863—dc23

Primera edición: Secretaría de Educación Pública, 1942.

D.R. © 2024 de la obra literaria: Luis Miguel Robles.

Primera edición: 20 de febrero de 2024

Primera edición facsimilar autorizada por la Secretaría de Cultura
| Dirección General de Publicaciones | Dirección Editorial y de
Producción | Oficio DGP/DEyP/016/2021.

D. R. © 2024 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510

Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-5985-5 (colección)

ISBN: 978-607-30-8796-4

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

UN GORRION
EN LA
GUERRA DE LAS FIERAS
(EDICIÓN FACSIMILAR)

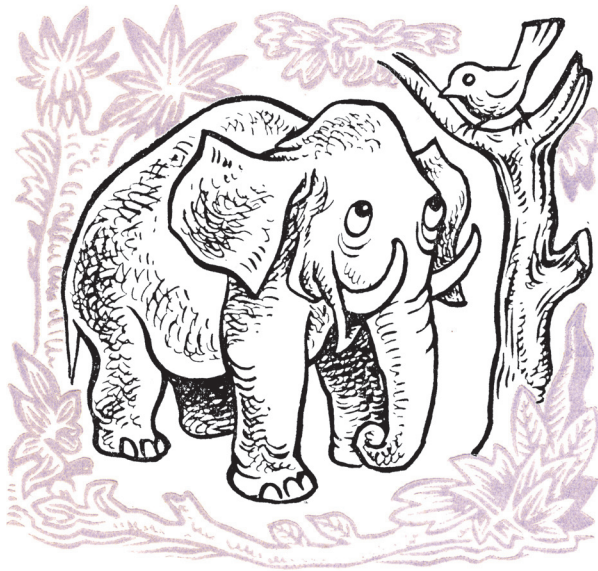
★ BIBLIOTECA DE CHAPULIN ★

UN
GORRION
EN LA GUERRA
DE LAS FIERAS

CUENTO INFANTIL

por

ANTONIORROBLES



DIBUJOS DE
GABRIEL FERNANDEZ LEDESMA

★ SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA • MEXICO, 1942 ★



I

UNA REUNION EN LA SELVA



HARTOS los animales de cierta selva, de pegarse zarpazos unos a otros para defenderse de los abusos de los demás, se quejaron al gorila Don Gorila, que era el más venerable animal y usaba bastón y cuello de pajarita; y llamando éste al chango Don Chango, le dijo:

—Busca al loro Don Loro y al gallo Don Gallo, y anuncien ustedes que este sábado a las seis tenemos asamblea en los alrededores del viejo pino Don Pino.

—Está bien, señor Don Gorila.

Efectivamente, tocando el chango el tambor y cantando el gallo con gallardía, arremolinaban a las fieras y demás animales



del contorno, y entonces el loro, con su palabra chillona y entrometida les decía:

**Este sábado, a las seis,
habrá reunión junto al pino,
y el gorila, atento y fino,
os ruega que no faltéis.**

Efectivamente, a la hora anunciada empezaron a llegar tigres y elefantes, zorros y lobos, chacales, jirafas, cebras, leones, hipopótamos, papagayos, rinocerontes, periquitos, águilas, ratones, panteras, cóndores, etc. etc. etc.; en fin, hasta llegó volandito de rama en rama el gorrión, que vivía feliz, que trabajaba tranquilo, que tenía lo que necesitaba y que no se metía con nadie ni quería que nadie se metiera con él. Este buen Don Gorrión piaba alegremente si tenía ganas, no le faltaba el grano, tomaba el sol si le agradaba, y ponía para sus hijos y el nido un cariño como pocos animales de la selva.

El gorila tosió, agitó la campanilla y tomando la palabra dijo a la asamblea:

—¡Camaradas! Esto ya es demasiado . . .

—¡Bravo! — exclamó el lobo, que era un animal cobarde y no tenía más deseos que adular a los poderosos.

—¡Cállese y no me haga la “barba”! — rugió el presidente volviendo a agitar la campanilla; y luego siguió diciendo así:

—¡Camaradas! Esto ya es demasiado; vivimos en desorden, atacándonos los unos a los otros y esto no es vida. Yo propongo que nombremos dos ingenieros y ellos dividan el terreno de la selva para repartirlo proporcionalmente entre todos; de esa manera



cada cual ocupará su sitio, y reinará en nuestra tierra la paz, la felicidad y el contento.

—¡Y qué me importa a mí, señoras y señores, la felicidad de los demás —dijo el elefante—, si a mí lo que me entusiasma es entrar en los cercados ajenos para tumbar los árboles y chafar la hierba?...

Ante esta antipática opinión de Don Adolfo Elefante —que así se llamaba—, casi todas las demás fieras gritaron:

—¡Fuera! ¡fuera!... ¡Abajo el elefante!...

Entonces el pesado animal se rascó lo alto de la cabeza con la trompa, y guardó silencio; momento que aprovechó Don Loro para decir desde una rama:

**Que sean ingenieros, digo,
para medir el terreno,
el leopardo, que es tan bueno,
y el buey, que es un buen amigo.**

—¡Bravo! ¡Bravo!... ¡Elegidos por unanimidad!... —gritaron los demás.

Y así sucedió: el lunes, en la madrugada, estaban ya el toro y el leopardo con una larga cinta de medir y unas estacas, señalando el sitio para cada cual, procurando dar a cada uno más o menos terreno según sus necesidades. De modo que el domingo fué inaugurado solemnemente, viéndose muy curioso con aquellos cartelones de madera que había en cada división, en los cuales se decía:



Y así sucesivamente.



II

LA GIMNASIA SOSPECHOSA



ODOS parecieron conformes con la división, y hubo una era de paz en la selva. Cada uno se dedicó a construir su casita, unos cavando sótanos, otros levantando muros, éstos haciendo nidos en sus árboles y aquéllos amontonando hojarasca en el suelo.

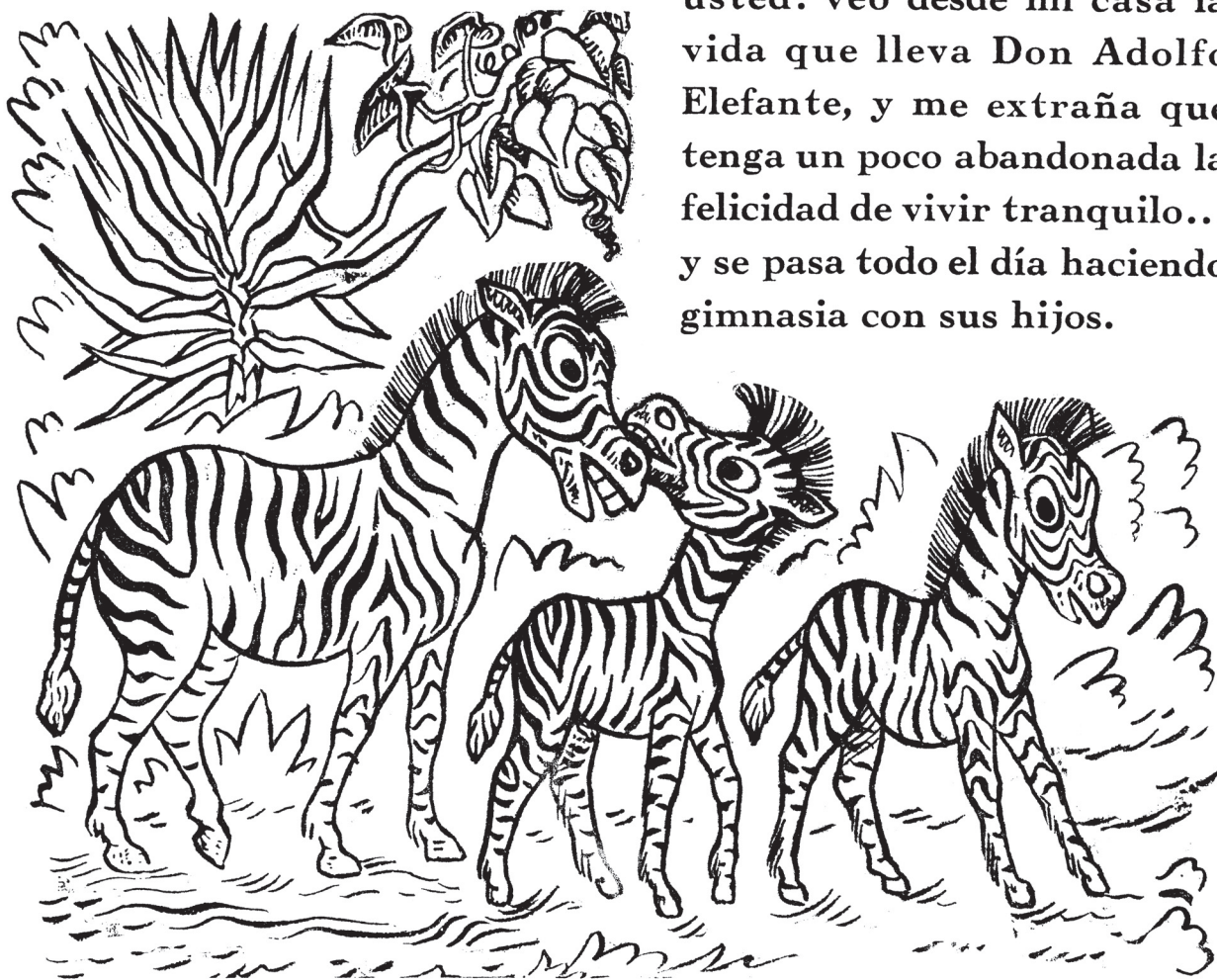
Se hacían atentas visitas: el perro visitaba al leopardo, el águila al buho, la cebra al león...

—¿Cómo está usted, Doña Cebra?

—Muy bien, señor Don León... Todo marcha bien en mi casita. He tenido un niño, que ya tiene el pelaje como una camiseta a rayas, y se pasa el día jugando en mi terreno, que es la casa de usted.

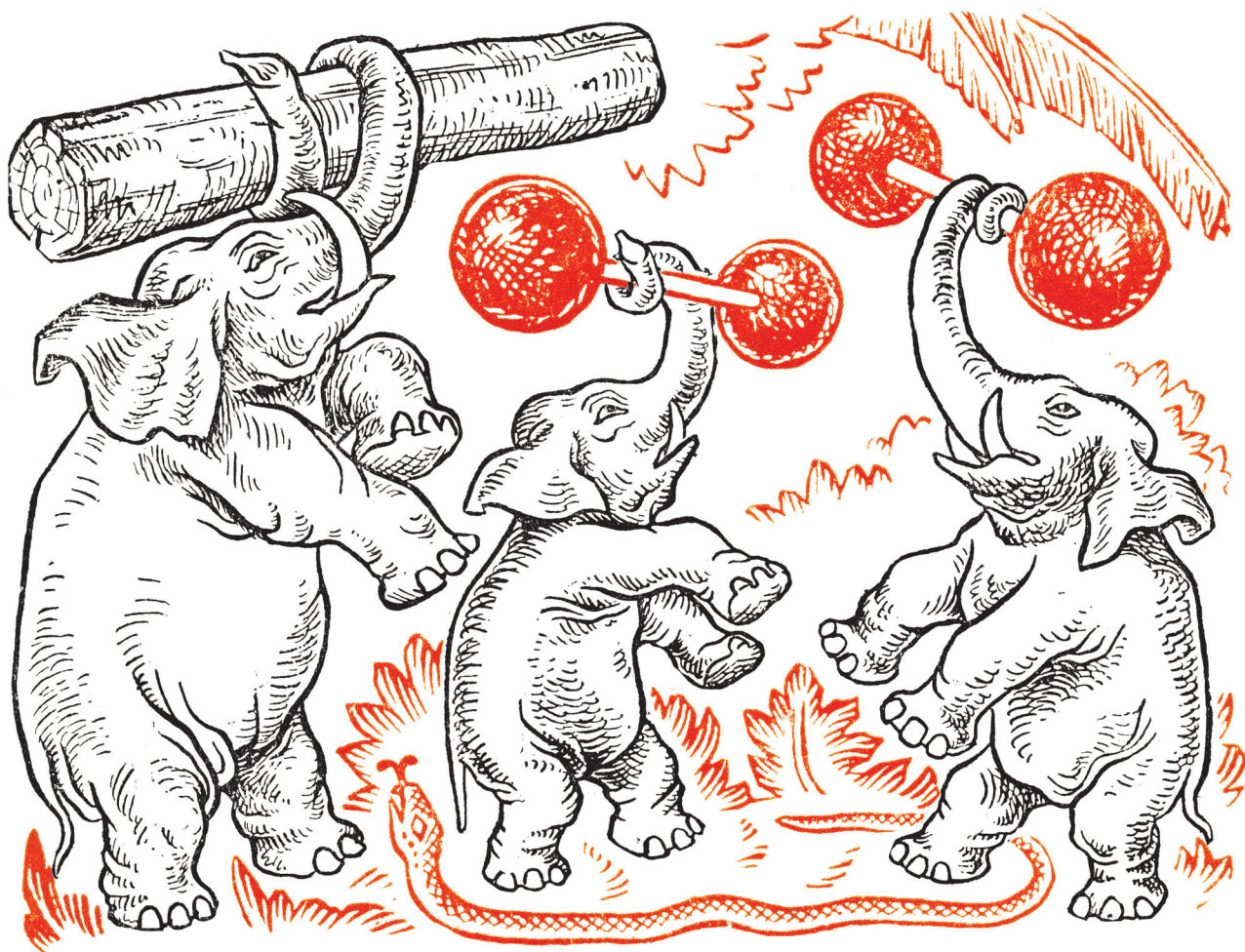
—Muchas gracias. Pues yo también soy feliz, Doña Cebra. Tengo dos cachorros en mi jardín... y allí viven; ni se meten con nadie, ni nadie se mete con ellos. Y yo sigo cuidándome de que mi finca prospere y tengan mis hijos una buena herencia el día de mañana.

—Así hago yo —añadió la cebra—; por cierto que... oiga usted: veo desde mi casa la vida que lleva Don Adolfo Elefante, y me extraña que tenga un poco abandonada la felicidad de vivir tranquilo... y se pasa todo el día haciendo gimnasia con sus hijos.



—¿Gimnasia?... ¿No serán títeres para divertirlos?

—No, señor, no. ¡Gimnasia y muy gimnasia! Se levantan en sus dos patas y se dan rítmicos golpes con las manos en el pecho; levantan hasta cien veces los troncos con la trompa; luchan, tiran al blanco despidiendo agua con sus trompas como si fueran ametralladoras... No sé, no sé qué conducta es esa.



Don León y Doña Cebra se despidieron, y entonces se oyó que el loro, hablando a sus niños en una rama, les decía:

**Me extraña tanto ejercicio
en casa del elefante.
Un poco, es interesante;
pero ya tanto... es un vicio.**

Así, pues, a unos animales les chocaba, en efecto, tanta gimnasia, y otros, en cambio, no se daban cuenta de ello. Y una noche se oyeron en la selva chillidos de ratón.

—¿Sucede algo? —preguntó la jirafa levantando la cabeza.—
Parece que suena la alarma en algún hogar...

—Nada, nada; no pasa nada —respondió Don Adolfo Elefante—; es que Don Ratón me estaba amenazando con roerme los colmillos y le he tenido que castigar.

El periquito preguntó desde lo alto:

—¡Ay, señor Don Ratón! ¿Pero es verdad todo eso que nos cuentan?

Y el ratoncillo, que tenía el rabo pisado por el elefante, se vió en peligro de muerte y respondió temblando:

—Sí... sí... Es verdad.

Pero no era verdad. Y cuando al día siguiente se fueron desperezando las fieras, se encontraron con que el elefante se había apoderado de los terrenos de Don Ratón, y éste, ¡pobrecillo!, había quedado a su servicio.

—¡Caramba, caramba! —se dijo el perro—; este gigante, con tanto hacer gimnasia, se está preparando para conquistarnos a todos...

Y el gorrioncillo, socarrón y simpático, le oyó y dijo no más:

—¡Eso está por ver!...

Un poco preocupadas se acostaron a la otra noche todas las fieras de la selva; y el toro bravo, que era vecino del tigre, se acercó a la línea divisoria y le dijo en voz baja:

—¿No le parece que debiéramos recordar a Don Adolfo Elefante, que se ha salido de lo acordado en la asamblea?

—Déjelo usted por ahora... Es posible que se incomodara y podría venir una pelea que pudiera ser la guerra de la selva.

—Es que el pobre ratoncillo...

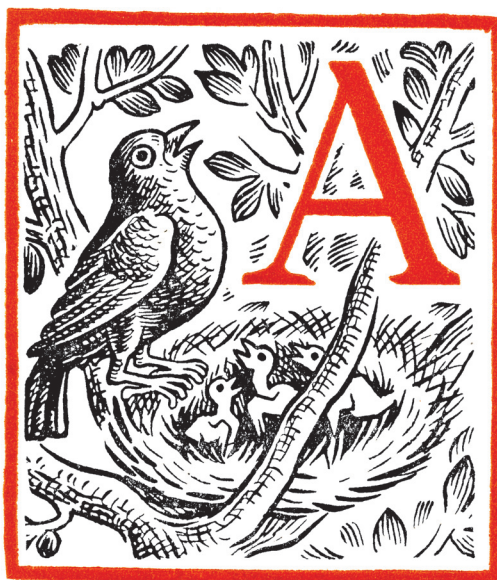
—Esperemos... Yo creo que el elefante no cometerá más abusos.

—Está bien — dijo el toro—; y se fué a recostar debajo de una encina.



III

EL TIGRE AFILA SUS GARRAS



media noche se oyó el quejido espantoso de la cebra, que decía:

—¡Cobarde, cobarde!... ¡Me ha cazado usted cuando dormía!...

—¡Calla, que te mato! —exclamaba Don Adolfo Elefante.

—¡Cobarde! Sí, señor: ¡cobarde! —seguía gritando la cebra, vilmente aprisionada por las patas con la trompa.

Y entonces se oyó que el pesado

animal exclamaba:

—Me insultas ¿eh?... Pues ahora me quedo con tu terreno también.

Cuando salió el sol, todas las fieras tenían cara de disgusto. Ahora comprendían claramente que la gimnasia del señor de

Elefante y de los elefantitos no era para trabajar sus tierras y mejorarlas, sino para irse apoderando de la selva entera, y de unos cuantos esclavos que se la trabajaran.

Y el loro, con su chillido indiscreto, y hablando a voces al tigre, que era la más fuerte de las fieras vecinas, le dijo:

**Nos vamos acobardando
ante esa fiera gigante,
que a traición nos echa el guante
y a la vista va triunfando.**

Don Tigre no respondió; guardó silencio muy preocupado; y únicamente se oyó la voz irónica del gorrioncillo, que repetía su clásica frase:

—¡Eso está por ver!...
Pero como nos íbamos temiendo, no acabó



ahí la cosa, porque el señor de Elefante se apoderó en la noche siguiente, valiéndose de nuevo de otra vil sorpresa, de los terrenos de la jirafa, a la que asimismo puso a su servicio.

Y ya no aguantó más injusticias Don Tigre. Sintió el dolor de los demás como suyo, y rugió amenazador, mientras por lo bajo se decía estas palabras:

—Sé que me juego la vida; sé que hemos dejado al elefante apoderarse de lo que no es suyo y enriquecerse con el trabajo de otros pobres camaradas de la selva. He querido evitar la lucha, pero ya no es posible. Yo me defenderé hasta morir, y defenderé como pueda a todas las víctimas de sus ambiciones...

Y fué entonces cuando el gorrión exclamó animoso, piando desde su árbol:

—¡Vamos todos contra él, “de un jalón”! ¡A darle!

La pelea se veía venir; ah, pero hubo fieras que se pusieron de parte del gigantón. Su cobardía y sus ruines ambiciones, en vez de ponerles de parte de lo que es justo y noble, se fueron con

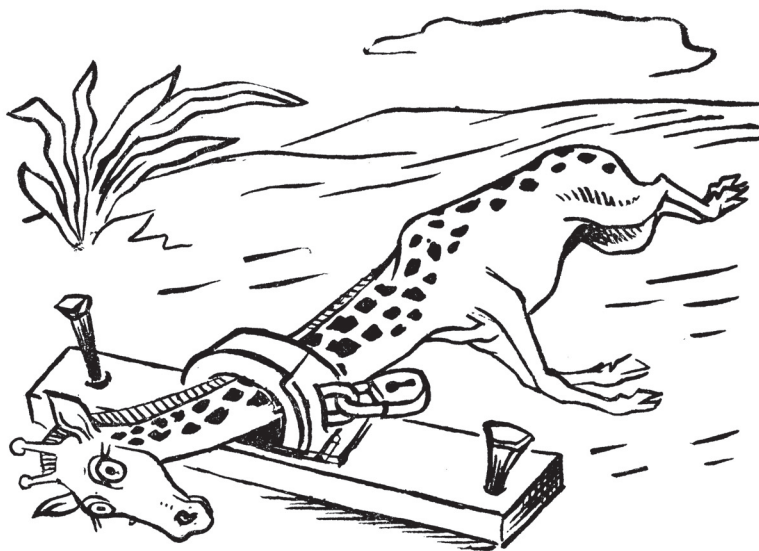


el que se estaba haciendo fuerte a fuerza de traiciones nocturnas. ¿Que quiénes fueron ellos? Pues nada menos que Don Benito Lobo y Don Niponcete Chacal.

Claro está que eso no modificó las intenciones del rayado tigre; el cual afiló las garras en el tronco de un árbol, se estiró tan serenamente como un gatito casero, y se dijo:

—Ahora ¡a luchar! ¡A morir... o a vencer!... Repito que no sólo lucharé por mí, sino por todos esos camaradas que, por cuidarse de trabajar en paz, descuidaron sus defensas y están expuestos a ser humillados por esas tres fieras que obran de mala fe.

Se sentó muy derecho en el suelo con la cabeza erguida... y esperó. Y únicamente oyó el piar de Don Gorrión, que le dijo: —¡Así me gustas, amigo!...





IV

GUERRA A LOS TRAIDORES



E dió cuenta Don Adolfo Elefante de cómo le vigilaba el rayado felino, y llamando a su hacienda a Don Benito Lobo y a Don Niponcente Chacal, les dijo:

—Ese tonto de Don Tigre parece que trata de oponerse a mis conquistas. Es necesario acabar con él, y entonces será nuestra y muy nuestra la selva; o por lo menos, mía. Pero ustedes tendrán la satisfacción de

haberme ayudado, y hasta les respetaré la vida.

—Gracias, gracias. ¿Y cómo le atacaremos?...

—¡Ah! siempre por sorpresa, y si puede ser por la espalda —ordenó Don Adolfo—. ¡Nada de noblezas!... Cuando yo sea dueño

de todo, todos harán lo que yo quiera exactamente; y eso de la nobleza, la justicia y la libertad se habrá acabado para siempre y para cada uno.

Y cuando el lobo y el chacal prometían obedecer a su jefe y le hacían una reverencia para despedirse, se oyó al gorrión que desde la última rama de un ahuehuete piaba burlón estas palabras:

—¡Eso está por ver!...

Esto le molestó tanto al gigante, que hasta quiso alcanzarle con la trompa; pero ¡estaba tan alto!... Entonces dijo despectivamente:

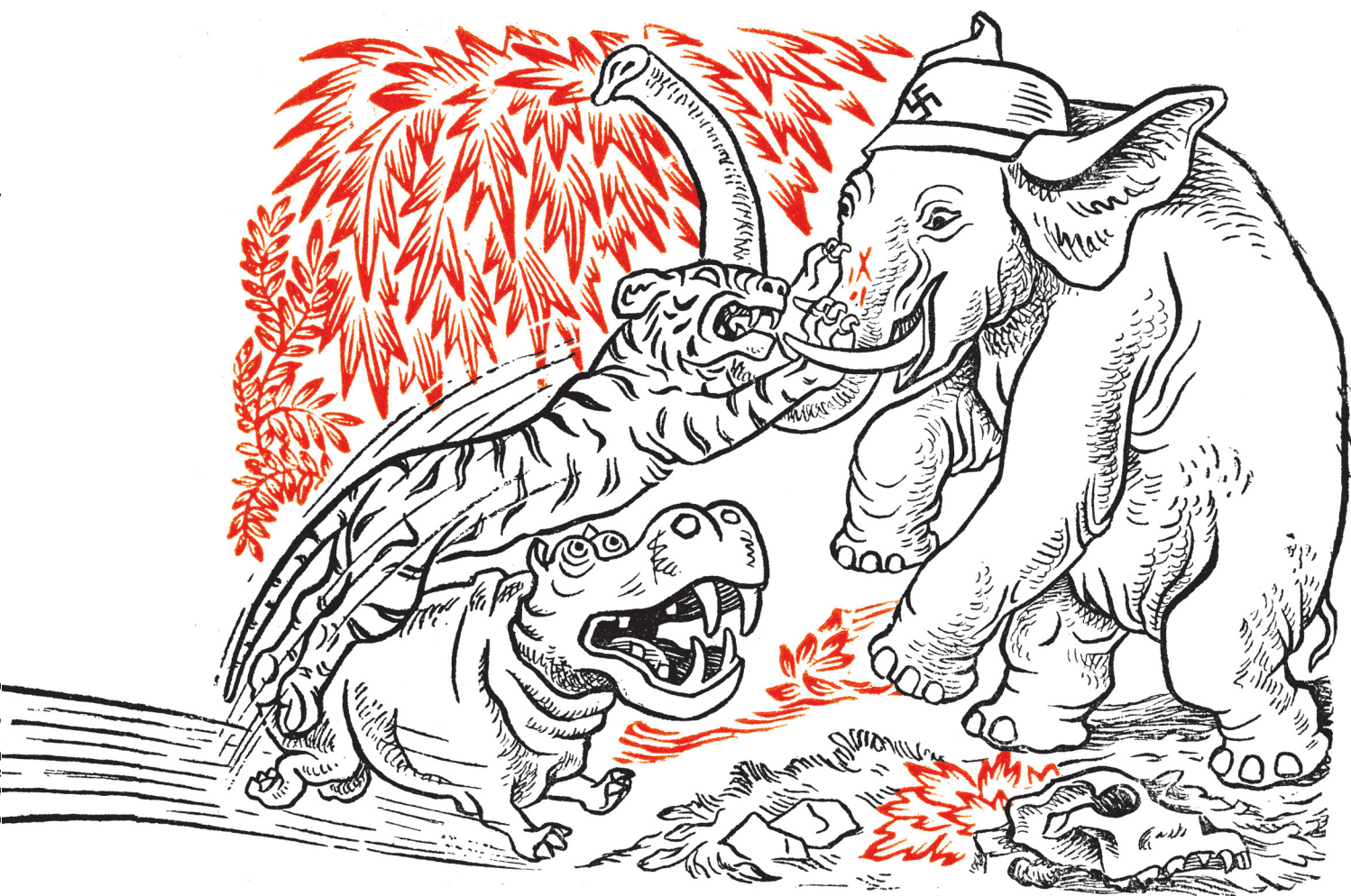
—¡Bah! No quiero darle un trompazo... ¡Miren que permi-



tirse opinar un pajarillo!... ¡Para opinar en esta selva hay que ser fuerte!... Aquí nadie es

nadie, y nadie debe discurrir nada ni ser inteligente, como no haya hecho mucha gimnasia. ¡Vamos!

Y con este bárbaro criterio, y viendo que el tigre tenía todavía garras que podían hacer peligrar el triunfo elephantiano, respondió a Don Tigre con mirada insultante. Por eso el loro gran charlatán, dijo a voces, platicando con la cigüeña:



**¿Será al fin el tigre fiero?
¿Atacará a los traidores?
¿O seguirán sus temores
y huirá con veloz carrera?...**

Pronto recibió oportuna contestación el señor Don Loro, porque apenas se oyó el grito de que el elefante quería apoderarse de la tierra de un magnífico gallo de la selva, saltó Don Tigre por encima de hipopótamos, ciervos, perros y guajolotes, y rasgó la trompa, cara a cara, a Don Adolfo Elefante.

Aterrado Don Benito Lobo, que en aquel momento estaba adulando al de los colmillos retorcidos y la trompa movable, salió huyendo a veloz carrera, y lo pintoresco fué que, como también

se asustó del tigre un ingenuo conejito, el lobo creyó que hasta el conejo se atrevía a perseguirle, y huyendo se chocó contra un árbol y tuvo que meterse cojeando en su guarida, como mujer miedosa que se mete alocadamente en el refugio contra bombardeos; y en lo más hondo se quedó, sin acudir de momento a las llamadas de su jefe el señor de Elefante.

Don Niponcete Chacal, en cambio, se había escondido detrás de un árbol, como un ladronzuelo de caminos, dispuesto a atacar al tigre por la espalda cuando estuviera en plena lucha. Por fortuna el noble Don León se había dado cuenta, y le vigilaba con el deseo de que no cometiese tamaña vileza.

El gigantesco animal de la trompa, después de dar sus primeros trompazos a Don Tigre, y suponiendo que le sobraban fuerzas para todo, también atacó a traición y en un descuido a Don Oso de las Nieves, que había recibido palabras de amistad del traidor Don Adolfo; por eso le sorprendió por la espalda, cuando estaba enseñando a leer a los oseznos. Y fué terrible la pelea: Don Adolfo Elefante, más preparado para la lucha que para la cordial alegría de la paz, daba fuertes trompazos al tigre, daba fuertes trompazos al oso... Pero ni el oso ni el tigre se amilanaban. Tenían demasiado valor; les dolían demasiado las injusticias cometidas por el poderoso Don Adolfo, y estaban dispuestos a vencer... o a morir.

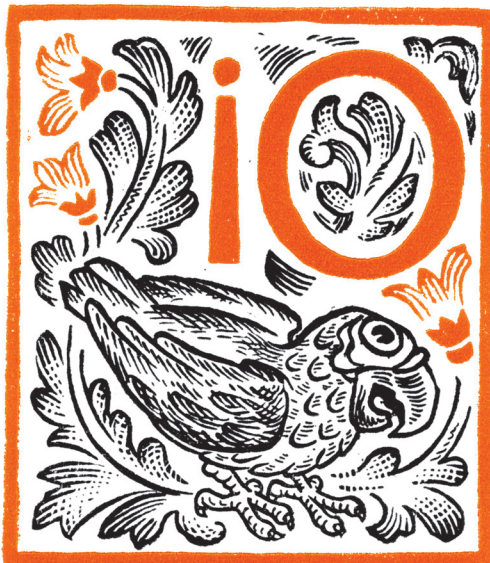
Y sucedió lo que estaba previsto: que en un momento en que Don León se disponía a defender lealmente a su amigo el Tigre, vino por la espalda —¡siempre a traición!— Don Niponcete Chacal, aliado del elefante, y le atacó sin avisar, porque conocía ese refrán perverso y cobarde que dice que “el que da primero da dos veces”.

Para Don Adolfo, Don Niponcete y Don Benito, no existía la forma leal y franca de luchar cara a cara.



V

EL ELEFANTE OFENDE AL GORRIÓN



H, qué espantosa batalla!... El tigre, el león y el oso se defendían contra el forzado y gigantesco elefante, contra el astuto y malintencionado chacal y contra el cobarde y traidorzuelo lobo, que cuando veía caído al enemigo, venía, le daba una dentellada y corría de nuevo a su guarida.

En esto el elefante, lleno de ira porque los buenos no se le rendían, quiso apalearlos y agarrando con su trompa la rama de un árbol que ni siquiera era suyo, sonó terriblemente al desgajarla:

¡¡ RAS !!

Pero ¡oh, fatalidad! en aquella rama tenía Don Gorrión su nido, y vinieron a estrellarse contra el suelo los gorrioncillos que sus papás cuidaban con amor y educaban con cariño.

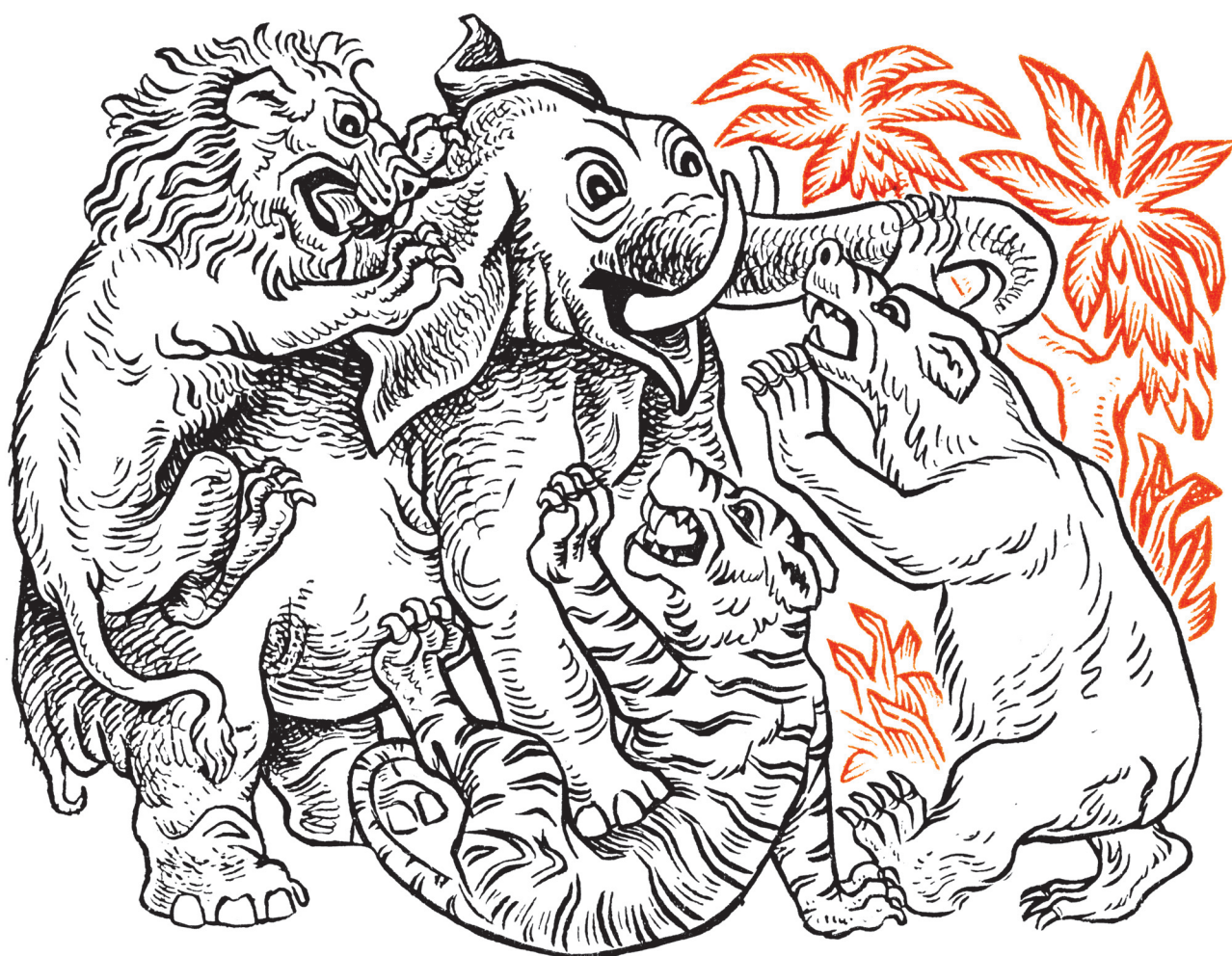
—¡Maldito, maldito! ¡Ya me las pagarás! —exclamó con hondo dolor y profunda indignación el padre de los pajaritos—. ¡Yo te aseguro, Don Adolfo Elefante, que ayudaré cuanto pueda para que triunfen los que desean la justicia y la libertad!...

—¡Ja, ja, ja! —respondió con cruel carcajada el poderoso—. ¡Estúpido! ¿qué puede hacer un gorrión en una guerra de elefantes y tigres?...

La pelea siguió, el noble Don Gorrión prometió ante sus hijitos muertos que procuraría vengarlos, y se subió a una rama a pensar en su forma de lucha. El no quería ir a la guerra; él quería seguir tranquilamente cuidándose de su nido y de sus hijos, llevándoles comida, enseñándoles a volar... El no quería meterse con nadie. Pero la bárbara, la cruel ambición de aquellos que querían ser dueños de la selva y esclavizar a sus habitantes, no le consintió vivir en paz. ¿Cómo dejar a Don Adolfo Elefante, a Don Niponcete Chacal y a Don Benito Lobo regir los destinos hasta de los gorriones?... ¡No, no! ¡¡Eso nunca!! Los gorriones querían cielo y libertad... y una tranquila ramita para hacer su nido tranquilamente; y eso había que defenderlo contra los malos.



—¡Mueran los ambiciosos! —exclamó el ave como grito de guerra.



Y en seguida Don Loro, paseándose como un señor con levita verde, iba diciendo:

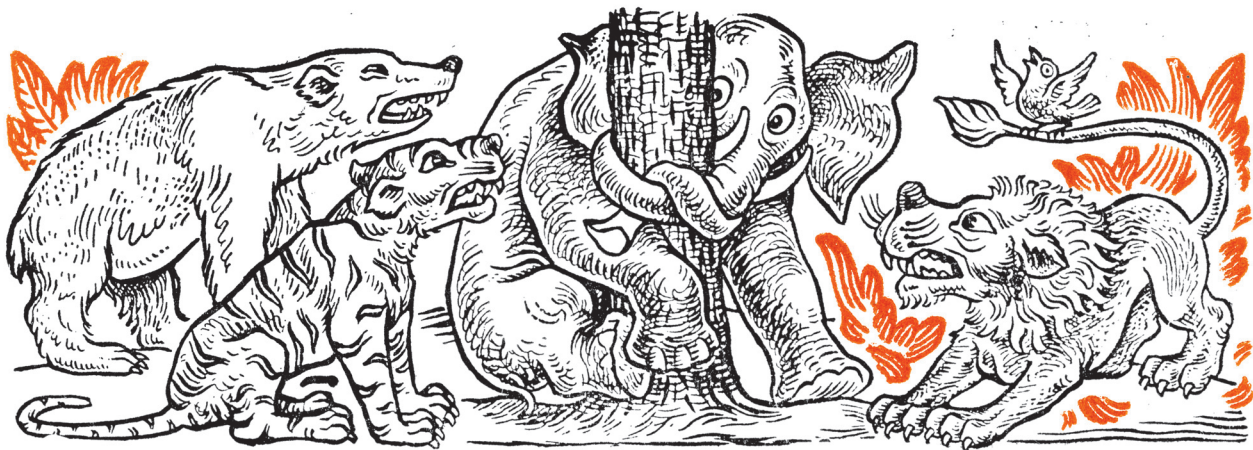
**¡Razón tiene ese gorrión!
¡Abajo los ambiciosos!
¡Que viva el tigre y el oso
y mi vecino el león!...**

Pero era difícil escuchar la voz del loro; sólo se oía el rugir de la lucha, el horror de la paliza: trompazos, golpes, rugidos, rasguños, dentelladas, sangre, lamentos, gritos de valor... ¡Guerra!...

Era duro el elefante, con su piel como de goma de borrar endurecida; se había preparado en silencio durante mucho tiempo y estaba difícil de vencer ¡muy difícil de vencer!

Don Gorrión no dejaba de picarle con gallardía; a veces el gigantón quería rascarse con la trompa el picotazo y entonces le tocaba sufrir algún rasguño del tigre, del oso o del león. De manera es que, aquel gorrioncillo del que se había burlado tanto el elefante, iba haciendo su obra, aunque a decir verdad no era bastante. La pelea estaba muy igual; aún había el peligro de caer en derrota; tenían que hacer algo nuevo para conseguir el triunfo de los que defendían la justicia, la propia libertad y la libertad de los animalitos sencillos.





VI

UN NUDO EN LA TROMPA



TODA la selva estaba aterrada. No había radios para oír las noticias de la lucha, pero sí que estaban toditos los animales con el oído atento a los rugidos, y ya sabían acertar quién se quejaba y quién ganaba o perdía terreno. Si se quejaba Don Adolfo y sus aliados, las noticias eran buenas para todos los de la selva entera; si se quejaba el tigre, el león, el oso o el gorrioncillo, las noticias eran

malas, porque peligraba la libertad de todos.

¡Bendito gorrión, que se pasaba el tiempo sin perder la cara del elefante desde que surgió la ofensa! ¡Era todo un patriota de su nido!

del tronco derecho de un pino... y ¡ay! cuando el fornido animal quiso darse cuenta, se encontró con que, sin advertirlo, se había atado él mismo la trompa al árbol; y cuando tiró con sus enormes fuerzas para desprenderse, lo que hizo fué apretar todavía más el nudo; de modo es que allí tuvo que quedarse, temeroso de que Don Tigre, Don Oso de las Nieves y Don León vinieran tranquilamente a matarlo; porque el lobo pidió al instante la paz... y al chacal le quedaban pocas fuerzas para resistir.

¿Quién proclamó primero el fracaso de Don Adolfo?... El loro que todo lo veía y que con mucha gracia lanzó a todos los vientos estas palabras:

**No te burles de ninguno
aunque tú le creas pequeño,
que si lucha con empeño
te hará ese nudo oportuno.**

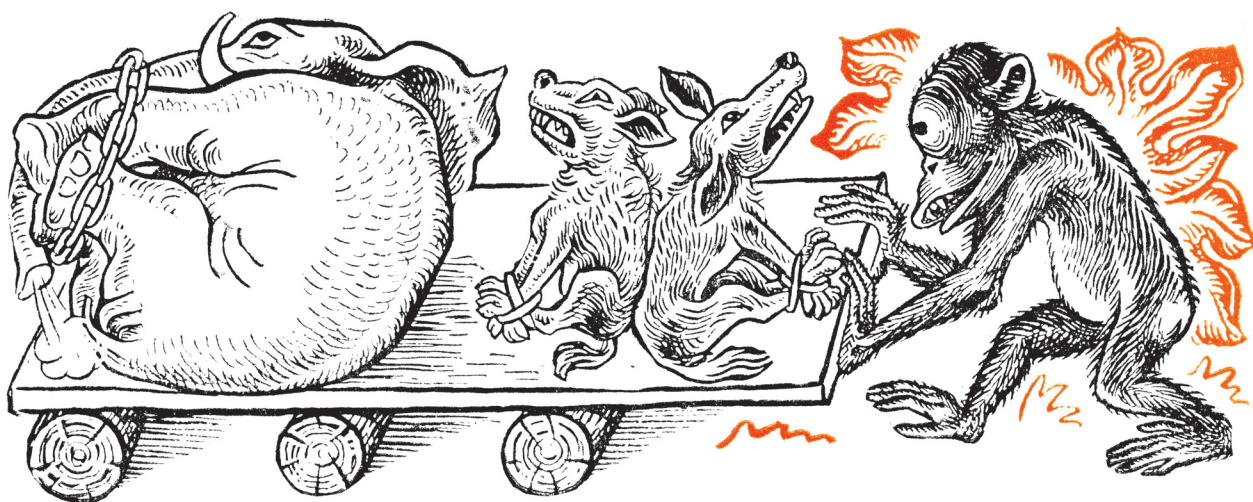


Don Loro tuvo un gran éxito de risa; todos los animales le aplaudieron; pero el triunfo del gorrión fué definitivo; todos los camaradas de la selva le saludaban con respeto, con cariño y con alegría.

Don Adolfo Elefante daba entre tanto trompicones de aquí para allá queriendo soltarse; y el gorrión, desde una rama del mismo pino, le decía solamente:

—¡Te torciste! ¡Ahora ya “ni modo”!





VII

LA PAZ Y EL DENTISTA



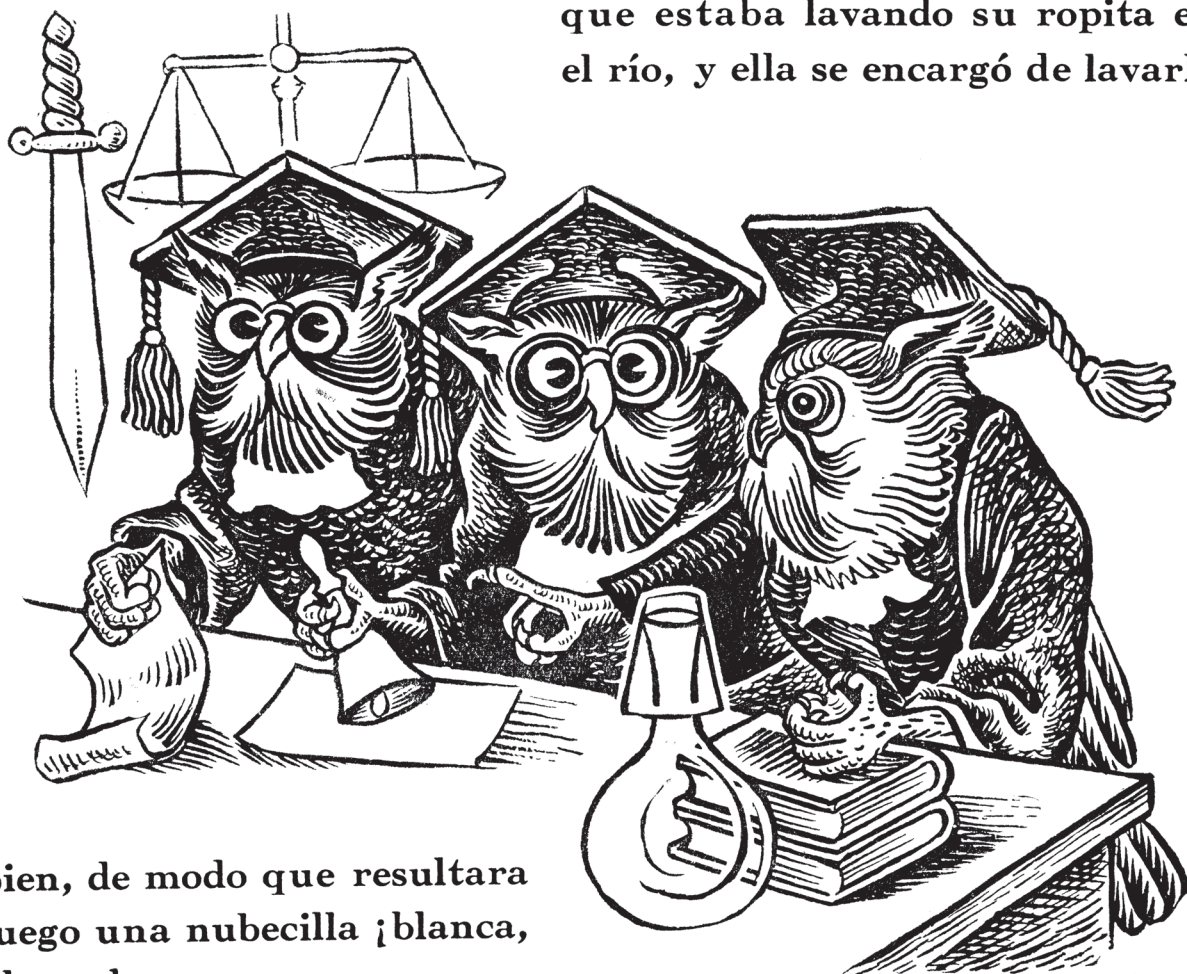
L chacal, el lobo y el elefante, atados al fin con cadenas, fueron conducidos a un Tribunal de buhos con gafas que había de condenarlos. Y la sentencia fué la siguiente:

“Don Adolfo Elefante, Don Benito Lobo y Don Niponcete Chacal, se pasarán por el gabinete de la señorita manicura y por el del señor dentista. En la selva, a tantos de tantos”. Y firmaban “Pim”, “Pom” y “Pum”, que era como se llamaban los jueces; es decir, los buhos.

La manicura, que era una mona muy mona, con mucho cuidadito les arrancó las uñas; el dentista, que era un hermoso orangután, les quitó los colmillos; hasta los retorcidos del

elefante. Así no fueron condenados a muerte, pero sí que fué aprovechada su gimnasia, sobre todo la del señor de la trompa, para que trabajaran los tres en la civilización pacífica de la selva.

El gorrión se remontó al azul del cielo, y encontrándose por allí la última nubecilla de polvo de la última pelea, la prendió con el pico, se la llevó a una nutria que estaba lavando su ropita en el río, y ella se encargó de lavarla



bien, de modo que resultara luego una nubecilla ¡blanca, blanca!

Bien seca en la pradera como pañuelo blanco, la volvió a prender y la ató en una ramita sobre su nuevo nido, para que se viera bien claramente que él era un pájaro que quería la paz, la tranquilidad, el amor a su familia, la prosperidad y el trabajo; pero ya había demostrado que, cuando los locos ambiciosos querían guerra, sabría darles la cara con dignidad, con valor y con tesón, como un gran patriota.

Entonces el loro vino a darle “las mañanitas” con unos cuantos flamencos y cigüeñas vestidos de charros, y le cantaba de este modo:

**Don Gorrión es buena gente
y nos sirve de modelo:
que aunque la paz es su anhelo,
en la guerra fué un valiente.**





fin

Alemania, por el procedimiento sigiloso de los submarinos, arrojó al fondo del mar a nuestros barcos indefensos y a nuestros heroicos marineros, padres y hermanos de tantos colegiales mexicanos. Y este cuento se inspiró en una impertinente manifestación del jefe alemán, que al ver que la alta dignidad y el hondo patriotismo del Presidente de México contestaba con la declaración de guerra, dijo que la entrada de nuestra República en la contienda era como si un pajarito se metiera en una lucha de elefantes.



ANTONIORROBLES, cuyo nombre completo era Antonio Joaquín Robles Soler, nació en Madrid, España, en 1895. Fue escritor de crónicas, relatos de viajes y textos humorísticos. En 1925 ingresó al mundo de la literatura infantil, donde alcanzaría madurez creativa, al punto de ser considerado como un clásico. En 1939, por temor al fascismo y a la guerra, viajó a México y colaboró con la Secretaría de Educación Pública, impartiendo cursos y publicando libros como éste. Regresó a su patria en 1972, donde falleció en 1983.

GABRIEL FERNÁNDEZ LEDESMA nació en 1900 en Aguascalientes, México. Fue artista plástico, escritor, editor, maestro e investigador del arte popular mexicano. Se inició muy joven como ilustrador de publicaciones periódicas y, más tarde, de libros para niños. Trabajó a favor de la renovación artística y del arte comprometido con las causas sociales. Formó parte del grupo ¡30-30! y de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Falleció en 1983 en la Ciudad de México.

Toda obra de arte es realizada por una persona que piensa, actúa y crea según su lugar y época de vida. Las ideas que expresa corresponden a su realidad y se transforman con el tiempo. En los cuentos de esta colección hay valores y situaciones con las que no necesariamente estamos de acuerdo, pero conocerlas nos sirve para analizar el mundo actual y reflexionar sobre el que queremos construir.



Escanea el código y
sabrás más sobre
Biblioteca de Chapulín.

